

LA COMUNIDAD LAICA CISTERCIENSE

Encuentro Internacional Asociación Comunidades Laicas Cistercienses- ÁVILA 2017

Abad Isidoro Anguita del monasterio de Santa María de Huerta

(Ávila, 18 de junio de 2017)

En este encuentro internacional os habéis querido centrar en la dimensión comunitaria de vuestra realidad laica cisterciense y me han invitado a dar una conferencia sobre ese tema. Por un lado puede parecer una tarea sencilla al vivir yo en comunidad desde hace muchos años. Pero, por otro lado, me resulta un tanto paradójico, pues la forma que tenéis los laicos de vivir el carisma cisterciense difiere mucho de la de los monjes. Sin embargo, si vamos a lo esencial, podemos encontrarnos tanto en el origen como en las relaciones personales que se suscitan en toda realidad comunitaria.

Misterio de comunión en el mundo

El contraste entre la forma de vivir la comunidad las fraternidades laicas cistercienses y las comunidades monásticas es evidente, pero, sin embargo, todos estamos llamados a beber del único torrente de la **comunión**, como todos bebemos de los valores del carisma cisterciense para darle forma en nuestras vidas concretas. La comunión es una y se expresa de tantas maneras como tipos de comunidades pueda haber. Su realidad es tan importante en la Iglesia que el mismo papa Juan Pablo II nos insistió repetidamente que la renovación de la Iglesia se debe caracterizar por una búsqueda de comunión y comunidad, y muy especialmente en la vida religiosa. De ahí que el Sínodo sobre la Vida Consagrada nos hablara de una “espiritualidad de comunión” (VC 48) y la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* nos lo proponga como guía de la Iglesia en su andadura en el tercer milenio (NMI 43).

La comunión, como la vida, no se expresa de una manera única. El carisma cisterciense, es verdad, comenzó a vivirse en una comunidad monástica en Císter, que a su vez había recibido su impulso vital de la tradición monástica benedictina, que a su vez era deudora de otras tradiciones monásticas más antiguas, que a su vez se fijaban en la vida común de las primeras comunidades cristianas. Así la vida monástica se extendió por múltiples lugares y se desarrolló de múltiples formas.

La vida monástica fue esencialmente laica en sus inicios, ya que había resistencia a la ordenación sacerdotal. La vida en común, sin embargo, fue algo que muy pronto se generalizó, si bien respetando siempre la diversidad de formas, desde las más solitarias a las más cenobíticas y apostólicas. En nuestro tiempo la peculiaridad de las comunidades laicas cistercienses radica en estar integradas en la **realidad secular**, viviendo ahí los diversos valores de nuestro carisma, entre ellos la dimensión comunitaria, no como un compartir la vida bajo el mismo techo, sino como un vivir en comunión. La imagen de la familia nos puede ayudar a comprender eso, pues bien sabemos que una familia puede mantener estrechos lazos de comunión a pesar de que sus miembros estén viviendo en lugares diversos.

Por su dimensión secular, la comunidad laica cisterciense se encuentra inmersa en las realidades seculares, no habiendo optado por una “separación del mundo” físicamente hablando, ni renunciado a la realidad familiar de la iglesia doméstica. ¿Cómo vivir entonces la dimensión comunitaria propia del carisma cisterciense? Para ello hay que fijarse en lo esencial

de la comunión cristiana, que brota de la dimensión de fe en **Dios trino**, en el amor al prójimo y en la fraternidad universal. Jesús pedía al Padre que todos sus discípulos fuesen uno (Jn 17, 21), y a ellos les decía que serían reconocidos como discípulos suyos cuando la gente viese cómo se amaban (Jn 13, 35), lema que habéis elegido para vuestro encuentro (“Mirad cómo se aman”). De ahí que el espejo donde siempre se han mirado las comunidades cristianas haya sido el modelo de comunidad que nos presenta San Lucas en los Hechos de los Apóstoles:

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder. Y gozaban todos de gran simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de las ventas, lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad. (Hch 4, 32-35)

Y también:

Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (...). Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo (Hch 2, 42-47).

Es esa comunión la que todos los cristianos estamos llamados a practicar, adaptándola a nuestro género de vida. Ante todo se nos pide procurar tener un solo corazón y una sola alma, compartiendo la eucaristía y la oración. Luego hay que concretar eso cuidando los unos de los otros, evitando que alguno carezca de lo necesario y compartiendo los bienes en alguna medida. La fraternidad laica cisterciense debe inspirarse también ahí. Vuestras comunidades deben ser esencialmente comunión.

La comunión a la que estamos llamados todos tiene su fundamento en la comunión divina, como nos recuerda siempre la Iglesia:

Espiritualidad de comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestra lado (NMI 43).

No podemos perder de vista eso, pues de lo contrario nuestras comunidades de fe se quedarían en meras comunidades de índole sociológico, basando los lazos de unión en consideraciones sociológicas y buscando formas de relacionarse con una base simplemente antropológica. La comunidad cristiana no es ajena a su realidad antropológica, psicológica y sociológica, pero carece de sentido sin su base espiritual y creyente. Sin esto no se podrá sostener, y su futuro será muy limitado. El sentirnos partícipes de la comunión de amor en el seno de la Trinidad, nos permitirá ver a todos como hermanos y sentirnos unidos por lo que somos y no por lo que hacemos o nos caracteriza.

Convocados y anunciadores

Por otro lado, no podemos olvidar tampoco que en la comunidad cristiana es Dios quien **nos ha convocado** a compartir una fe y un carisma, no hemos sido nosotros simplemente quienes nos hemos elegido. Ver las cosas de este modo ayuda a afrontar nuestras relaciones de una manera más sobrenatural. Las comunidades laicas cistercienses han

de creer en esa vocación y convocación del Espíritu de Dios, que va más allá de una mera agrupación interesada. La comunidad se da verdaderamente cuando tomamos conciencia de haber sido llamados por Dios a vivir en la unidad y en la donación mutua. No se es comunidad por lo que se hace, por tener un proyecto común material, sino porque hemos sido convocados por Dios para esa unión. Entonces queda patente que en los momentos difíciles quien detiene los golpes y mantiene la unidad no es otro que Dios mismo. Es él quien aglutina la comunidad, y cuando él falta viene la división y cesa la comunidad. “Miren hermanas a ver si no han echado al Señor de casa”, les decía Santa Teresa a sus monjas cuando estaban divididas. Y es que el mismo Jesús nos recuerda: *Separados de mí, no podéis hacer nada* (Jn 15, 5). Ahí se asienta la espiritualidad de comunión:

*La espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del **Cuerpo místico** y, por tanto, como “uno que me pertenece” (NMI 43).*

Los que han sido convocados van en una misma dirección teniendo un mismo objetivo. Ese objetivo de la comunidad cristiana es la misión que Jesús encomendó a sus discípulos:

Id y haced discípulos míos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 19-20).

Somos enviados por el Señor a **anunciar la Buena Nueva** con nuestra vida, con nuestro testimonio de comunión y con nuestra palabra. El Reino de Dios es para todos y a todos debe llegar su anuncio. Se nos pide evangelizar con la dulzura de Cristo y con el celo del testigo (= mártir) hasta dar la propia vida, vinculándonos así a la misión de Jesús.

Por vuestra participación del carisma cisterciense, esa finalidad evangelizadora debiera estar marcada ante todo por un estilo de vida orante, lleno de fe, sencillo y frugal, acogedor, enamorado de la palabra de Dios y de la alabanza, siendo solidario en el compartir lo que se ha recibido, es decir, evangelizar con la palabra pero, sobre todo, con la propia vida, no buscando el éxito sino el testimonio, dejándoos prender por la luz de Cristo para que sea ella la que ilumine en vuestras vidas.

Si la comunidad **mantiene claro su origen y su objetivo**, se mantendrá viva aún en las dificultades. Pero si se pierde de vista su razón de ser y hacia dónde va, las motivaciones desaparecen y el grupo se disolverá tras haberse dividido. Una comunidad que ya no sabe por qué permanece unida, está muerta. Es entonces cuando emplea su tiempo en buscar ocupaciones y crear proyectos para alimentar una identidad que ha perdido. Pero ni siquiera basta tener claros el origen y el objetivo. Necesitáis alimentar continuamente la unidad, la comunión entre todos los miembros, sabiendo que es un don de Dios recibido gratuitamente pero mantenido con esfuerzo.

Cuando decidimos vivir en comunidad hemos de **tener claro el tipo de comunidad** en la que nos encontramos para no pedir a los demás lo que no pueden darnos, lo que termina llevando a la frustración y genera tensiones por nuestras expectativas equivocadas. La comunión en la comunidad monástica se basa en una convocación a vivir un carisma en comunidad. El centro que nos aglutina es Cristo, sin el cual la comunidad se vacía de contenido. Por eso no se puede esperar de ella los lazos de comunión afectivos, sexuales y consanguíneos propios de una familia humana. Sus lazos de comunión en el amor son claramente diferentes, aunque

siempre aparezcan similitudes a nivel afectivo (amor fraterno y amistad) o a nivel espiritual (fe).

Igualmente la comunidad laica cisterciense debe ser consciente de qué tipo de comunión la sustenta. Uno de los errores más corrientes es ver a la comunidad como un **lugar donde paliar nuestra soledad**, un grupo humano que debiera resolver mis problemas, unas personas que me deben dar cariño, me deben valorar, me deben querer, etc. Ciertamente que la comunidad nos aporta mucho a cada uno de nosotros, pero si no cambiamos la perspectiva nos sentiremos frustrados. El lazo que une a la comunidad cristiana es Cristo, y su amor en medio de la comunidad se expresa antes por la donación personal que por el recibir. Quien mira a la comunidad desde su propia necesidad, para servirse de ella, experimentará muchas frustraciones. Quien vive en comunidad desde la donación personal, encontrará la alegría del amor, y recibirá mucho más de lo que se hubiera imaginado, sin tener que pedirlo siquiera. El darme depende de mí, pero el recibir de los otros, no.

Lugar donde conocerse y amar

Aunque vuestro estilo de vida no está llamado inicialmente a compartir la existencia bajo el mismo techo, vuestras comunidades no deben dejar de ser escuelas de caridad, donde siempre podéis tener momentos de especial comunión con aquellos con los que vivís. Por ello toda reflexión sobre la **realidad comunitaria concreta** es algo que os puede ayudar.

La comunidad es algo hermoso, pero también **un lugar exigente**, pues nos revela nuestras limitaciones y egoísmos. Cuando vivimos con otras personas, descubrimos nuestra pobreza y debilidad, nuestra dificultad para entendernos con algunos, nuestros bloqueos, nuestra afectividad dañada, nuestras frustraciones, nuestras envidias, nuestros celos, nuestros odios y nuestros deseos de destrucción. Mientras estamos solos, podemos llegar a pensar que queremos a todo el mundo; cuando comenzamos a vivir con otros, constatamos lo que nos cuesta amar. Y no amar es condenarse a vivir en las tinieblas de la soledad.

La vida en común **revela los propios límites**, debilidades y tinieblas de nuestro ser. Es la revelación, a menudo inesperada de los monstruos escondidos en nosotros. Esta revelación es difícil de asumir. Enseguida tratamos de alejar esos monstruos, o volverlos a esconder o negar su existencia, o huir de la vida comunitaria y de la relación con los otros, o limitarnos a acusar a éstos y a los monstruos que hay en ellos.

Pero si se acepta que estos monstruos están ahí, se les puede dejar salir y aprender a domarlos. Es el crecimiento hacia la liberación. Si somos acogidos con nuestras limitaciones y con nuestras capacidades, la comunidad poco a poco se convertirá en un **lugar de liberación**. Descubriendo que somos aceptados y amados por los demás, nos aceptamos y amamos mejor. Entonces, como nos dice Jean Vanier, ese lugar terrible se convierte en lugar de vida y crecimiento. Se vive el gozo de amar y sentirse amado y acogido. Comienza a formarse en nosotros el **sentimiento de pertenencia** y empezamos a hablar de “mi comunidad”.

Las dificultades de relación nunca tienen que ser un verdadero obstáculo, sino más bien **una oportunidad**. A fin de cuentas se suele cumplir aquello que se dice: “Mi verdadero maestro es la persona que me incomoda, pues me revela mis propias carencias y necesidades”. Todo eso es lo que nos hace que tengamos con frecuencia sentimientos encontrados que no nos dejan ver con claridad si amamos u odiamos, si nos sentimos queridos o rechazados, si ayudamos a crecer a los otros o somos un estorbo. No queda más remedio que aceptar que

somos una mezcla de luz y tinieblas, de cualidades y defectos, de amor y odio, de madurez e inmadurez, de debilidades y de capacidades.

Cuando abrazamos esa realidad nos hacemos capaces de vivir el perdón y la misericordia que nos libera interiormente. Nunca podemos olvidar que la comunidad cristiana no se caracteriza por la perfección de sus miembros, sino por su **capacidad de dar y recibir el perdón**, que es una forma hermosa del amor mutuo.

Donde más fácilmente se da el perdón es en el ámbito familiar. El papa Francisco nos ha insistido precisamente en la importancia promover más el **espíritu de familia** en las comunidades cristianas y en la Iglesia en general, haciéndola más humana. Y ese es un signo que también debiera caracterizar a las comunidades laicas cistercienses. Nos dice el papa:

Una Iglesia que es familia sabe presentarse con la proximidad y el amor de un padre, que vive la responsabilidad del custodio, que protege sin reemplazar, que corrige sin humillar, que educa con el ejemplo y la paciencia; a veces, con el simple silencio de una espera orante y abierta. Y una Iglesia sobre todo de hijos, que se reconocen hermanos, nunca llega a considerar al otro solo como un peso, un problema, un coste, una preocupación o un riesgo: el otro es esencialmente un don, que sigue siéndolo aunque recorra caminos diferente (Discurso del papa Francisco en la vigilia preparatoria al Sínodo de los Obispos sobre la familia el 3.OCT.2015).

Una mirada atenta a la vida diaria de los hombres y de las mujeres de hoy muestra de inmediato la necesidad que hay en todas partes de una fuerte inyección de espíritu familiar (...). La familia abre para toda la sociedad una perspectiva mucho más humana (...). Introduce a la necesidad de unos vínculos de fidelidad, sinceridad, confianza, cooperación, respeto; anima a proyectar un mundo habitable y a creer en relaciones de confianza, incluso en condiciones difíciles; enseña a honrar la palabra dada, a respetar a cada persona, a compartir las limitaciones propias y ajenas. Y todos somos conscientes de lo insustituible que es la atención familiar por los miembros más pequeños, más vulnerables, más heridos e incluso más perjudicados en las conductas de la vida (...). Las familias saben bien lo que es la dignidad de sentirse hijos, y no esclavos o sólo un número de carné de identidad (Audiencia General del 7.OCT.2015).

Descentrarse para estar centrados

En la familia se tiene un fuerte sentido de pertenencia y es eso lo que nos permite crecer en la unidad, buscando lo común antes que lo propio, o **buscando lo propio en el seno de lo común**. Es entonces cuando se diluyen los enfrentamientos que no son otra cosa que luchas de egos. Se puede debatir, pero para encontrar el bien común, no para imponer el propio criterio. El sentimiento de pertenencia a una comunidad refleja la salida de sí mismo a los demás, abrir mi ego a la comunidad. Del mismo modo que toda comunidad está llamada a abrirse a las demás comunidades eclesiales y humanas sin cerrarse en sí misma.

La comunidad es el lugar donde aprendemos el **amor mutuo**, la apertura al otro en reciprocidad. Una comunidad no se constituye como tal hasta que la mayoría de sus miembros estén dispuestos a dar el paso de “la comunidad para mí” a “yo para la comunidad”, es decir, hasta que el corazón de cada uno esté dispuesto a abrirse a cada miembro, sin excluir a nadie, lo que sólo alcanzaremos si vivimos lo que nos dice San Pablo:

No hagáis nada por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismos, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás (Flp 2, 3-4).

El amor es tender el uno hacia el otro, preocuparse por el otro y acogerle tal y como es. Pero también es tender los dos hacia un mismo ideal, comulgar con una misma visión, haciendo surgir algo nuevo de la comunión. Como decía alguien refiriéndose al matrimonio: “Se amaban tanto que los dos se hicieron uno, pero no sé cuál de los dos”.

Vivir en comunidad supone buscar la comunión. Buscar la comunión es tratar de buscar la voluntad común y hacerla propia. Enriquecernos en el ser de la comunidad sin dejar de ser nosotros mismos. Es el **paso del yo al nosotros** del que nos habla San Bernardo. Ofrecemos lo nuestro sin apegarnos a ello, sino dispuestos a acoger lo del otro. Quien tiene sentido de pertenencia a la comunidad entiende fácilmente esto, no contrapone lo propio a lo común ni a los demás, como no se enfrenta un miembro contra otro que sabe es parte de su mismo cuerpo, por muy diferentes que sean. El bien de uno repercute en el bien común, y el bien común repercute en mi propio bien. Quien se sabe parte de un cuerpo se alegra con el bien de sus miembros y lo siente como propio. Sólo entonces desaparecen las envidias.

San Bernardo nos habla de la voluntad común (*voluntas communis*) como fruto de la caridad, por la que dos personas que se aman están abiertas al deseo del amado y a querer complacerlo. Algo mucho más enriquecedor que la voluntad propia, curvada, egoísta y centrada en sí mismo. Nos dice:

En el corazón existen también dos clases de lepra: la voluntad propia y el propio juicio. Ambas son pésimas, y además muy peligrosas porque son internas. Llamo voluntad propia a la que no es común con Dios y con los hombres, sino únicamente nuestra. Queremos algo, no para gloria de Dios o utilidad de los hermanos, sino para nuestro provecho personal; nuestro fin no es agrandar a Dios y ser útiles a los demás, sino satisfacer nuestras ambiciones. La caridad es otra cosa diametralmente opuesta: la caridad es Dios (Serm. Resurrección, 3, 3).

Cuando San Benito nos habla de no hacer la propia voluntad sino someternos los unos a los otros, rivalizando en la obediencia mutua, no hace más que expresar esto mismo, una vivencia desapegada del propio ego y dispuesta a la comunión. Poner todos en común nuestro juicio u opinión personal, aceptar que salga de esa puesta en común en la comunidad algo nuevo y estar dispuestos a someternos a esa voluntad común como si fuera propia, es vivir en el amor.

Para San Bernardo, seguir la propia voluntad es la fuente de todo mal, pues nos cierra al amor y rompe la comunión, mantiene el deseo insaciable (*cupiditas*) que siempre busca más y más compulsivamente y ve en los demás meros objetos para calmar la propia necesidad. La comunión sólo es posible si se sustenta **en la gratuidad, no en la necesidad**. Quien ama por lo que el otro le aporta, simplemente está siendo agradecido. El amor no tiene motivos para amar, pues el motivo radica dentro de sí, de ahí que nadie pueda impedir amar al que quiere amar. San Bernardo nos dice:

Dios ama, y la razón de su amor es él mismo, no otro. Por eso precisamente es tan apasionado; porque no tiene otro amor que lo que él mismo es (SCant 59,10).

Y si se experimenta alguna necesidad, debiera ser la que brota del mismo amor, a quien no le basta con compartir cosas, sino que desea compartirse él mismo, como nos dice otro autor cisterciense, Balduino de Ford:

Al que ama no le basta el amor de la comunión (o comunión de bienes) sino que esté presente la comunión del amor (o comunión de sí misma). Pues si quiere que sus bienes sean comunes, mucho más quiere que lo sea el amor (Tratado XV sobre la Vida Cenobítica).

Para poder tener unas relaciones en gratuidad debemos tener **“un corazón habitado”**. Sólo estando a gusto con nosotros mismos podremos relacionarnos en gratuidad y no por necesidad, compartiendo lo que se tiene más que anhelando recibir lo que no se tiene. Quien tiene dentro de sí algo que ofrecer, comparte y recibe con alegría sin ansiedad ni decepción. Pero para tener lo que no se marchita, hay que vaciarse primero. Ese vacío será llenado de una presencia, la presencia del Espíritu. Vacío sereno que sólo se experimenta cuando somos capaces de abrazar nuestra propia soledad.

Hoy día tememos mucho la soledad, pues nos hace sentirnos desamparados. Buscamos la atención de los otros, su compañía, como si necesitáramos llenar un vacío deshabitado. Por eso no es extraño buscar en la comunidad un remedio para la soledad. Pero hay una soledad radical que sólo Dios puede llenar. Es verdad que somos seres en relación, que estamos hechos para relacionarnos y para amar. Pero no lo haremos de una forma sana si no lo hacemos **desde la libertad**, desde la independencia que da un corazón habitado dispuesto a compartir y gozarse en la comunión.

Sí, es necesario alimentar el propio corazón para vivir en comunión. Alguno puede pensar que empeñarse en cultivar una **sólida vida interior** es olvidarse de los problemas del mundo. Creo sinceramente que no es así. Seguro que nadie se pregunta ¿por qué perder horas todos los días en comer o dormir, prescindiendo de un valioso tiempo para ayudar a muchos necesitados? A nadie se le escapa que sin comer o dormir ya nos podemos olvidar del resto. Sólo estando sanos podremos ayudar a los demás de una forma saludable. Cuanto más centrado estoy en Dios, más capacidad tendré de abrirme a los demás en comunión.

Comunión y comunicación

Finalmente es bueno recordar que si la vida comunitaria es una vida en relación, su calidad va a depender mucho de la calidad de comunicación que haya entre sus miembros.

Como es fácil de observar, los términos comunión, comunidad y comunicación tienen una misma raíz latina *communis*, “común”, es decir, que no es privativo de nadie, sino que pertenece a varios o a todos, y por ello se trata de algo interrelacionado. La comunidad vive en comunión y crea lazos de comunicación.

Cuando hablamos de comunicación, lo primero que nos viene a la mente es la palabra. Pero bien sabemos que una comunidad puede ser muy bulliciosa sin comunicar gran cosa, o más silenciosa y con lazos de verdadera comunión. Todo va a depender de cómo entendamos la comunicación, cómo lo hacemos, qué comunicamos, si nos comunicamos o simplemente comunicamos.

La comunicación es mucho más que el diálogo como expresión verbal. Son los gestos, las actitudes, las posturas, los comportamientos que pueden ser recibidos por el otro y contienen un mensaje. Es, por lo tanto, una relación interpersonal.

Nuestra cultura súper informada en contenidos y rapidez, no favorece la reflexión ni el tomar el tiempo necesario para comunicar algo elaborado por nosotros. Vivimos en una cultura eminentemente sensorial, donde la comunicación se realiza sobre todo desde el sentimiento, la afectividad o las emociones. Es una necesidad de expresar lo que se siente, al mismo tiempo que encontrar apoyo en el otro. Es quizá por esto que hoy se constata más la necesidad de dialogar o simplemente de hablar, de estar comunicado, de sentirse acogido, en compañía, sin tanta preocupación por acoger al otro por sí mismo y viendo el silencio como una negación, cuando en realidad es una oportunidad de escucha.

La comunicación es dar algo de sí y recibir algo del otro para compartirlo. Pero no podemos transmitir nada si antes no hemos entrado dentro de nosotros, y en nuestro santuario nos hemos comunicado con nosotros mismos y con el espíritu que en él habita. ¿De qué vale aprender técnicas de comunicación si no se tiene claro qué comunicar? Cuando precede el silencio, la comunicación se hace más consistente, pues parte de la escucha.

La unión que tengamos con Dios se manifestará en una comunión con los demás no tan dependiente, sabiéndonos convocados a vivir juntos su misterio de amor. En esta relación hay algo que nos supera, que hace de nosotros pedagogos aún sin pretenderlo. El espíritu del Señor nos hace descubrir su amor incluso en las actitudes negativas de los demás, impulsándonos a poner amor donde no lo hay, sin sucumbir ante las reacciones negativas. Visto así, la comunicación ya no es cosa de dos, sino de tres. El que transmite, el que recibe y el espíritu del Señor que ilumina al uno y al otro.

La expresión airada o hiriente comunica..., pero sólo mi tormentoso estado interior. Quien se comunica amargamente habría que decir más bien que se limita a manifestar su desastroso estado de ánimo, ni alcanza a comunicar lo más valioso de sí ni es escuchado debidamente. Cuando nos comunicamos, comunicamos una vida que es acogida por los demás.

No nos cuesta comunicar lo que se ve o las noticias. Sin embargo, lo que entra en el ámbito de nuestros sentimientos o experiencias íntimas, ya no lo manifestamos tan fácilmente. Necesita un clima de confianza y cierta amistad, donde uno se siente acogido por el otro sin más. Todo un reto para vuestras comunidades laicas y para todos.

¿Cómo nos comunicamos? Ya hemos visto que los tipos de comunicación son diversos. Hay una forma de comunicación que se vive y no siempre se alcanza a expresar. Es la comunión. Me doy al otro y le acojo más allá de cualquier gesto o palabra. Me siento unido a la comunidad y esto transmite vida. Hay otro tipo de comunicación que se realiza por multitud de gestos sin palabras. Con esos gestos y actitudes comunicamos nuestro mundo interior que no siempre llegamos a conocer ni nosotros mismos. Existe otro tipo que es el directo y verbal. Cuando lo practicamos es bueno que nos hagamos las preguntas que nos proponía D. Bernardo Olivera: ¿He escuchado antes de hablar? ¿Sé lo que quiero decir? ¿Es con él con quien tengo que hablar? ¿Es el momento y el lugar conveniente? ¿Me comunico, informo, me lamento o murmuro?

No cabe duda que la realidad comunitaria y la vivencia de la comunión es algo que todos entendemos y en lo que debemos trabajar con empeño. Será nuestra peculiar forma de vivir la comunión de amor que nos revela la santa Trinidad.